



## Capítulo 254 - Suegra Irresistible

### I (R-18)

Vergil observó cómo Raphaeline se alejaba con pasos gráciles, su silueta perfilada por la tenue luz de la habitación. La puerta corrediza de la habitación contigua estaba entreabierta, dejando escapar un ligero vapor que resaltaba la presencia del jacuzzi.

Ella se detuvo en la puerta y se giró para mirarlo con una sonrisa traviesa.

"Aquí hay un jacuzzi. Creo que sería un desperdicio no usarlo, ¿no?" Su tono era informal, pero sus ojos brillaban con un sutil desafío.

Vergil permaneció donde estaba por un momento, observándola con una mirada indescifrable. Respiró hondo antes de finalmente seguirla; sus pasos firmes resonaban en el suelo de madera de la habitación.



Al cruzar el umbral, lo recibió una habitación tenuemente iluminada por luces empotradas y velas estratégicamente colocadas alrededor de la gran bañera de hidromasaje. El agua burbujeaba suavemente, creando pequeñas olas que reflejaban la acogedora iluminación. El aroma de aceites aromáticos flotaba en el aire, añadiendo un toque extra de relajación al ambiente.

Raphaeline se detuvo junto a la bañera, deslizando los dedos por la superficie del agua caliente antes de volverse hacia él. Sin apartar la mirada, sus manos comenzaron a desatar lentamente el lazo del obi que sujetaba su kimono.

Virgilio permaneció inmóvil, con la mirada fija en cada movimiento.



Con un delicado tirón, la tela se aflojó alrededor de su cintura, deslizándose gradualmente por sus hombros, revelando la suave y pálida piel de su regazo. El kimono se deslizó como seda por sus brazos, dejando al descubierto la elegante curva de su clavícula y la suavidad de sus hombros desnudos.

La prenda continuó su descenso lento y natural, revelando el delicado contorno de su cintura y la suave curva de su espalda.

Su respiración parecía tranquila, pero Vergil notó la ligera vacilación en sus movimientos, como si fuera demasiado consciente de su mirada sobre ella.

Mantuvo la compostura, dejando que el kimono se deslizara por sus caderas y cayera con gracia a sus pies. Bajo la luz dorada de la habitación, su piel parecía brillar suavemente; los cálidos tonos de las velas acariciaban cada elegante línea de su cuerpo.

Ella lo miró; sus ojos lilas mostraban una mezcla de expectativa y provocación.

"¿Vas a quedarte mirando?" Su voz era baja, casi un susurro, mientras le revelaba su cuerpo completamente desnudo.

Los ojos de Vergil se fijaron en los de ella durante un largo momento antes de moverse lentamente hacia su cuerpo.

Admiraba cada curva y línea, desde la suavidad de su cuello hasta la forma en que se elevaban sus pechos, con pezones rosados que parecían esperar su toque.

Su cintura era fina, enmarcando la curva de sus caderas y la perfección de sus muslos. Su piel lucía suave y atractiva, brillando a la cálida luz de las velas.





Vergil inhaló lentamente, con la mirada fija en ella. No respondió de inmediato, solo observó cada detalle: el brillo húmedo de su piel por el vapor, la forma en que sus oscuros mechones de cabello caían sobre sus hombros, la leve sonrisa en sus labios.

Por un momento, se preguntó cuándo exactamente había cedido por completo a su juego. Quizás fue el momento en que lo tomó de la mano, lo arrastró hasta el puesto de ramen y descubrió que no comía ramen. O quizás fue antes, cuando se dio cuenta de que ya no le importaba que lo hubieran chantajeado para tener esa cita.

Finalmente dio un paso adelante, sin apartar la mirada de ella en ningún momento.

—Estabas realmente decidido a llegar hasta aquí, ¿verdad? —Su tono era bajo, cargado de algo que no se molestaba en ocultar.

Raphaeline sonrió, mordiéndose ligeramente el labio antes de girarse hacia la bañera y deslizarse dentro del agua caliente, su cuerpo desapareciendo bajo las olas agitadas por el remolino.

—Quizás —murmuró, cerrando los ojos mientras se acomodaba—. ¿Y tú, Vergil? Ya que estamos aquí... ¿qué vas a hacer?

Vergil permaneció donde estaba por un momento, observándola relajarse en el agua.

Luego, con un último suspiro, comenzó a desabotonar lentamente su propia chaqueta, con los ojos todavía fijos en los de ella.



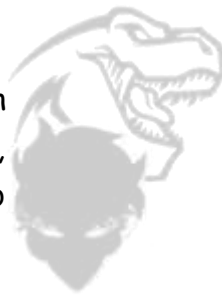


Dejó que la prenda se deslizara por sus hombros, cayendo al suelo con un golpe sordo. El suéter que llevaba debajo fue el siguiente, revelando el contorno definido de sus músculos pectorales. No se apresuró, queriendo prolongar el momento.

Con movimientos calculados, comenzó a desabrocharse el cinturón que le sujetaba los pantalones. La tela se deslizó por sus piernas, revelando sus piernas fuertes y definidas. Apartó los pantalones de una patada, dejando solo sus calzoncillos negros.

Raphaeline contuvo la respiración al ver su cuerpo. Era más de lo que había imaginado: cada músculo bien definido, desde los abdominales hasta los hombros anchos. Su piel era pálida, salpicada de pecas en algunos lugares, y sintió unas ganas locas de recorrer cada una con los dedos.

Debió haber notado su mirada, porque una comisura de sus labios se curvó en una sonrisa provocativa. Con un movimiento fluido, se quitó la ropa interior, dejando al descubierto todo su cuerpo. Ella no pudo evitar soltar un suspiro audible. Era impresionante.



Por un momento, pensó que se iba a sumergir con ella, pero en lugar de eso, caminó hasta el borde de la bañera y se detuvo justo frente a ella. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo, pues su posición en el agua la ponía en desventaja.

"¿Te gusta lo que ves?" Su voz era baja, ronca, llena de promesas.

Raphaeline tragó saliva, intentando encontrar las palabras. «Sí», consiguió decir. «Muchísimo».

Extendió la mano y deslizó un dedo por su mejilla, su cuello y entre sus pechos. "¿Entonces por qué no ves qué más puedo hacer para complacerte?"



Antes de que pudiera responder, él se inclinó hacia delante y la besó apasionadamente. Ella gimió contra su boca, abrazándolo por el cuello. Él la atrajo hacia sí, su cuerpo cálido se apretó contra el de ella bajo el agua.

Cuando se apartó, ambos jadeaban. «Métete en el agua», susurró ella, con los ojos oscurecidos por el deseo.

Sin dudar, se levantó y se metió en la bañera, deteniéndose en el borde para encontrarse cara a cara con ella. El agua burbujeaba a su alrededor, reconfortando sus cuerpos.

"¿Y ahora qué?", preguntó, su voz apenas un susurro. Ella no respondió, ni siquiera sabía si podría responder algo así; estaba completamente sonrojada.

Al ver su indecisión, Vergil la atrajo hacia sí, deslizando las manos por las curvas de su cuerpo. La besó de nuevo, esta vez con más intensidad, hundiendo la lengua profundamente en su boca. Ella lo abrazó con fuerza, devolviéndole el beso con el mismo fervor.



Sus manos recorrieron su espalda, presionándola contra él. Podía sentir cada centímetro duro y cálido de él presionado contra su cuerpo húmedo. Era una sensación increíble.

Él empezó a moverse, guiándola hasta el borde de la bañera. Ella no se resistió, dejándose llevar por donde quisiera. La recostó con cuidado en el borde, con la cabeza fuera del agua.

—Mírame —ordenó, y ella obedeció de inmediato, encontrando su mirada con la de él. Ahora estaba encima de ella, su cuerpo grande y musculoso le impedía ver nada más.



—Buena chica —murmuró, bajando la cabeza para besarle el cuello. Sus manos recorrieron su cuerpo, acariciando cada centímetro de piel expuesta. Ella se arqueó bajo su toque, sintiendo oleadas de placer recorriéndole la espalda.

"Mnnn~" Cuando sus labios llegaron a sus pechos, ella casi gritó.

Tomó un pezón con la boca, succionándolo con fuerza antes de pasar al otro. Sus dedos se movieron y pellizcaron lo que quedaba libre, enviando descargas eléctricas por todo su cuerpo.

A partir de ese momento su tacto se hizo más atrevido, explorando lugares que la dejaban sin aliento y temblorosa.

Se encontró perdida en una neblina de sensaciones, incapaz de hacer nada más que rendirse a su toque.

"iiiAHHH!!!~" Cuando finalmente deslizó un dedo dentro de ella, casi se desmaya de placer.

La acarició y la provocó hasta que estuvo al borde del orgasmo, luego se detuvo, dejándola con ganas de más.

—Por favor —suplicó con voz ronca y temblorosa—. Te necesito.

Él sonrió con picardía, deslizando otro dedo dentro de ella. "Lo que necesites."

Continuó su ritmo lento y constante, manteniéndola al borde del abismo hasta que no pudo más. Con un fuerte gemido, ella se corrió entre sus dedos, estremeciéndose por completo con la fuerza del clímax.





Cuando terminó, apenas podía moverse. Su cuerpo estaba relajado y lánguido, totalmente satisfecho. Pero Vergil aún no había terminado con ella.

Retiró los dedos y se los llevó a los labios. «Límpialos», ordenó, y ella obedeció sin rechistar, lamiéndoles y chupándoselos hasta que quedaron limpios.

"Eres muy dócil", murmuró de nuevo, besándola profundamente para saborear su propio sabor en sus labios. Luego la levantó y la metió de nuevo en el agua, colocándose entre sus piernas.

Raphaeline jadeó cuando Vergil la metió de nuevo en el agua caliente, abriendo instintivamente las piernas para él. Él se paró entre sus muslos; su cuerpo grande y musculoso la hacía sentir diminuta y delicada en comparación.

Podía sentir su grueso miembro frotando contra su entrada, enviando chispas de placer por su columna.

—No soy dócil —susurró, retándolo con la mirada—. Simplemente me gustas así.

Él sonrió con picardía, acariciando la parte interior de su muslo con las yemas de los dedos. "Lo sé. Eso es lo que lo hace aún más divertido."

Luego él se movió, entrando lentamente en ella.

Raphaeline se estremeció de placer cuando sintió que Vergil se movía lentamente dentro de ella.







Su coño palpitaba de anticipación, sus labios suaves y empapados de deseo. Podía sentir cada centímetro de él penetrando en ella, su gruesa polla abriéndose paso a través de su estrecho canal.

—Oh, Vergil —gimió ella, aferrándose a sus hombros mientras él la penetraba por completo—. Eres tan grande.

Él sonrió, inclinándose para besarle el cuello. «Y estás tan apretada», murmuró contra su piel. «Es como si estuvieras hecha a mi medida».

